

Cambio de época y contradicciones en un mundo global

Es difícil no tomarse en serio que estemos cerrando una era histórica. El mundo que abandonamos poco tendrá que ver con el que surgirá de los cambios y puntos de inflexión que se avecinan. Los tiempos de tránsito –el *interregno* al que se refería Gramsci al designar un periodo de tiempo indeterminado en el que el viejo mundo no termina de morir mientras el nuevo tarda en nacer– son periodos de crisis. Y el momento presente, indiscutiblemente, lo es.

La manifestación más clara, aunque todavía poco asumida e interiorizada por gran parte de la humanidad, es el *cambio global* o conjunto de transformaciones ecológico-ambientales de carácter antrópico que están alterando la capacidad de la Tierra para sostener la vida humana tal y como la conocemos. Tal vez el cambio climático sea la manifestación más urgente y conocida, pero desde luego no es la única.

La era del *Antropoceno*

Para llamar la atención sobre hecho de que el ser humano se haya convertido en la principal fuerza que moldea el planeta, superando la acción de erosión del viento y del agua y el efecto de otras fuerzas geológicas internas (tectonismo, vulcanismo o sismicidad), Cruzten y Stoermer¹

¹ P. J. Crutzen y E. F. Stoermer, «The Anthropocene», *Global Change Newsletter*, núm. 41, 2000, pp. 17-18.

acuñaron un nuevo término: el *Antropoceno*. Con él indican que nos hemos adentrado en una nueva etapa geológica fruto de la constante aceleración de la capacidad de la especie humana para modificar el planeta mediante la tecnología y la actividad económica. Debido a ello la Tierra ha pasado página en el calendario geológico: hemos superado el Holoceno e inaugurado una nueva época dentro del período Cuaternario, un periodo en que los humanos hemos cambiado el ciclo vital del planeta sacándolo de su variabilidad natural.

Confirmar la entrada en una etapa geológica distinta requiere una señal inequívoca, global y sincrónica del cambio planetario. No vale cualquier huella de la presencia humana en un ecosistema. ¿Podemos encontrar en la Revolución industrial del siglo XIX esa marca que inaugura la nueva era? Difícilmente, pues este acontecimiento europeo datado entre 1820 y 1870 no alcanza en ese periodo a todos los confines de la Tierra. Habrá que esperar a mediados del siglo XX para encontrar la prueba inequívoca del cambio de época en los isótopos radiactivos del plutonio que, tras los numerosos ensayos con bombas atómicas, se asientan por todo el planeta.² El inicio del Antropoceno coincide, pues, con la era nuclear:

«El momento único, más notable y definitorio de los últimos 500 años llegó a las 5.29.45 de la mañana del 16 de julio de 1945. En aquel preciso segundo, científicos estadounidenses detonaron la primera bomba atómica en Alamogordo, nuevo México. A partir de aquel momento, la humanidad tuvo la capacidad no sólo de cambiar el rumbo de la historia, sino de ponerle fin».³

Desde ese momento el ser humano se enfrenta a la posibilidad de su autoaniquilación. Ese riesgo ahora se extiende a los *comportamientos más característicos y cotidianos* de la actual civilización capitalista industrial. No hace falta una conflagración nuclear para que la supervivencia humana se vea comprometida. Con el cambio climático sabemos que también nuestras formas urbanas de alimentarnos, movernos y relacionarnos pueden comprometer nuestra existencia. De ahí la urgencia de resituar en el centro del debate las necesidades humanas, corregir su expresión deformada en las sociedades capitalistas, distinguirlas de los deseos y de los privilegios de unos pocos y encontrar nuevas vías de satisfacción que sirvan de palanca para cambiar el modo de producción y las pautas de consumo hacia un convivir comunitario asentado en la sobriedad en el uso de materia y energía.

Riesgos y contradicciones en un mundo global

Tanto el cambio climático como otros desafíos globales están poniendo en evidencia que vivimos una «contradicción flagrante entre nuestra *situación* ya cercana al cosmopolitismo

² Lo señala el *Working Group on the Anthropocene*, grupo de alto nivel encargado de confirmar el paso a una nueva era geológica [véase <http://quaternary.stratigraphy.org/workinggroups/anthropocene/>].

³ Y. N. Harari, *Sapiens. De animales a dioses*, Debate, Barcelona, 2016, p. 277.

y la ausencia virtual de una *conciencia*, una mentalidad o una actitud cosmopolita». ⁴ La falta casi absoluta de control político sobre la interdependencia global confirma los peores vaticinios que sobre los riesgos de la globalización se realizaron en la década de los noventa del siglo pasado. ⁵ Todavía en aquellos momentos se esperaba la creación de instituciones que completaran la globalización en su plano político:

«Mediante la creación de instituciones transnacionales, la política sería capaz de buscar soluciones globales a problemas globales. Y paralelamente surgiría una forma de pensar en consonancia, un nosotros cosmopolita». ⁶

Pero estas instituciones nunca llegaron. No se han creado las reglas e instituciones para afrontar esos desafíos y, en la actualidad, nos encontramos inermes para combatir sus peores efectos y alarmados ante la emergencia de fenómenos que no son sino la esperada reacción de esa inacción e impotencia: propensiones “securócratas” en la gestión de los problemas, repliegues reaccionarios hacia el Estado nación y el aislacionismo o el renacimiento de las diferencias de etnia, nacionalidad o confesión.

Securitización

Muchas de las reacciones políticas a los movimientos migratorios o al terrorismo global, así como a las consecuencias del cambio climático, se enmarcan ya en lo que se denomina proceso de *securitización*. Lo que muestra dicho proceso es que ante la incapacidad o el desinterés por afrontar las causas globales de la emigración, el terrorismo, las crecientes desigualdades o el cambio climático con medios nacionales o acciones concertadas a nivel internacional, se opta por trasladar la atención sobre los efectos, gestionándolos en términos de seguridad militar y orden público. En el plano internacional los principales núcleos del poder corporativo y militar contemplan la «adaptación militarizada al cambio climático». ⁷ Los efectos del calentamiento global son presentados como riesgos políticos y de seguridad nacional desde el prisma exclusivo de los intereses dominantes en cada país. De ahí que la mencionada adaptación no signifique otra cosa que la respuesta a esas amenazas con ejércitos y fuerzas de seguridad privadas con la doble misión de fortificar archipiélagos de pros-

⁴ Z. Bauman, «Síntomas en busca de objeto y nombre», en VV AA, *El gran retroceso*, Seix Barral, Barcelona, 2017, p. 61.

⁵ Tal vez los libros que mejor anticiparon lo peor de lo que se nos venía encima fueron *La trampa de la globalización. El ataque contra la democracia y el bienestar* de los periodistas Hans Peter Martin y Harald Schumann (Taurus, Madrid, 1998) y el ensayo de la escritora francesa Viviane Forrester titulado *El horror económico* (FCE, México, 2000). En una clave más analítica, Ángel Martínez González-Tablas publicó la imprescindible *Economía política de la globalización* (Ariel, Barcelona, 2000). Dos años después, el premio Nobel de economía Joseph Stiglitz abordaría la cuestión en su ensayo *el Malestar de la globalización* (Debolsillo, Barcelona, 2015).

⁶ H. Geiselberger, del prólogo de *El gran retroceso*, *op. cit.*, p. 12.

⁷ Así se pone de manifiesto en el libro de N. Buxton y B. Hayes (eds.), *Cambio climático S.A.*, FUHEM Ecosocial, Madrid, 2017.

peridad en medio de océanos de miseria y expulsar de sus hábitats a aquella fracción de la humanidad calificada de sobrante o prescindible. En el plano interno, cada vez son más los políticos que piensan que el mantenimiento del orden público se hace imprescindible para manejar las tensiones que surgen de la falta de cohesión social y el deterioro ecológico.

Repliegue al Estado nación y la búsqueda de la soberanía

Es casi una evidencia que la globalización ha supuesto una pérdida de soberanía económica en el seno del Estado nación. Ningún país es capaz de controlar por completo su economía. Aunque una vez hecha esta afirmación quepa admitir grados y todo tipo de matices, para lo que aquí nos interesa sigue siendo válida la idea de que ningún país puede controlar en grado suficiente su actividad económica ante la presencia de poderosas corporaciones e inversores extranjeros, finanzas transnacionalizadas y acuerdos internacionales cada vez más restrictivos con la intervención de los Estados. Solo en el plano productivo, la globalización ha trastocado las lógicas que orientaron la inversión y los principios de organización de la producción y el trabajo hasta la década de los setenta del siglo pasado. Las estrategias empresariales orientadas a reducir, desplazar y reorganizar los procesos productivos mediante subcontrataciones, deslocalizaciones y una creciente robotización en el marco de un sistema de producción mundialmente integrado, han quebrado por completo el mundo del trabajo y, con ello, las bases sociales y financieras⁸ que permitían ofrecer un sistema de protección público frente a los riesgos del mercado. En cuanto que ha laminado la soberanía económica e incrementado la inseguridad de las personas trabajadoras, la globalización ha supuesto un ataque contra la democracia y el bienestar.

Como consecuencia han surgido reacciones de diverso tipo. Observamos tensiones aislacionistas, como en el caso de Estados Unidos con la llegada al poder de Trump o del Reino Unido con el Brexit.⁹ Vemos asimismo cómo gobiernos y aspirantes a gobernar empiezan a «escenificar la soberanía nacional recurriendo al mayoritarismo cultural, el etnonacionalismo y la asfixia de toda disidencia interna intelectual o cultural. En otras palabras, la pérdida generalizada de soberanía económica determina un desplazamiento hacia un

⁸ La fragmentación y precarización de los asalariados, la desigualdad creciente en los salarios y la capacidad que tienen las rentas del capital para aprovechar las diferencias entre los sistemas tributarios nacionales para “optimizar” su carga fiscal están convirtiendo a los impuestos sobre la renta en instrumentos fiscales ineficaces. De ahí que, como sugiere Piketty, parezca más conveniente empezar a gravar la riqueza en vez de la renta.

⁹ El aislacionismo y nacionalismo económico de Trump puede que en algunos aspectos sea más retórico que real a pesar de sacar a Estados Unidos del Acuerdo de París contra el cambio climático, haber dado la espalda a dos tratados comerciales (el Acuerdo de Asociación del Pacífico y la renegociación del vigente Tratado de Libre Comercio con México y Canadá), criticar a Alemania y a China por sus superávits comerciales o imponer una férrea política contra la inmigración. En el caso británico se escenifica con el Brexit. Es significativo, en cualquier caso, el repliegue hacia el interior de los dos últimos imperios históricos.

mayor énfasis en la soberanía cultural». ¹⁰ Ante la imposibilidad de hacerlo en el plano económico se desplaza la aspiración del control soberano a lo cultural. Esto implica, en el terreno político, una mayor centralidad en el debate de los aspectos relacionados con la nacionalidad y el restablecimiento del esplendor real o imaginado de tiempos pasados. ¹¹ De momento, la contrapartida a este mayor protagonismo de la identidad cultural está siendo el descuido y ocultamiento del deterioro progresivo de los aspectos materiales de la vida social:

«Ese terreno cultural común oculta inevitablemente las profundas contradicciones entre las políticas económicas neoliberales [...] por un lado, y el genuino sufrimiento económico y la angustia del grueso de su masa de seguidores, por otro. También es el terreno de una nueva política de exclusión, dirigida contra los migrantes, las minorías étnicas internas o ambos». ¹²

Un nuevo escenario político ¿autoritario o democrático?

La desprotección social y el deterioro democrático que han venido con la globalización, agravados por la translación del centro de gravedad económico mundial hacia un capitalismo autoritario asiático mucho más eficaz y rentable que el capitalismo liberal occidental, ¹³ constituyen los rasgos principales del nuevo escenario en el que se desarrolla el ciclo político y electoral en los distintos países situados a ambas orillas del Atlántico norte. Es el escenario en que se despliegan las tensiones con las que se enfrenta en la actualidad la Unión Europea y en el que se muestran los riesgos de la creciente frustración que experimentan amplios sectores de la población con la democracia por su aparente ineficacia y lentitud a la hora de resolver los problemas.

De momento quienes mejor han recogido el malestar actual (el sufrimiento y el miedo que genera la dura situación que golpea a las clases populares) han sido los movimientos políticos más reaccionarios (los gobiernos de Trump en Estados Unidos, Putin en Rusia, Orban en Hungría, Duda en Polonia, Erdogan en Turquía, o los aspirantes a gobernar como Le Pen en Francia, Wilders en Holanda, Farage en el Reino Unido, Hofer en Austria, etc.). El Estado autoritario aparece como respuesta a la impotencia de la democracia frente a la economía. Estos líderes han medrado desacreditando la democracia con acusaciones de lentitud e incapacidad para dar respuesta a los riesgos que nos amenazan (sean terroristas,

¹⁰ A. Appadurai, «Fatiga democrática», en VV AA, *El gran retroceso*, op. cit., p. 37.

¹¹ En esto coinciden Trump y Putin con sus nostalgias imperiales (“volver a hacer grande” a Estados Unidos o a Rusia) y el resurgir de los nacionalismos.

¹² A. Appadurai, op. cit., p. 46.

¹³ Este hecho es la refutación más clara de la tesis de Fukuyama sobre la universalización de la democracia liberal como forma final de gobierno y la constatación más evidente de la deriva antiliberal de un capitalismo cada vez más autoritario.

Introducción

financieros, laborales o climáticos). Los tiempos y la paciencia que precisan la racionalidad deliberativa y las garantías judiciales no son de su agrado ni parecen acordes a las premuras de las amenazas, de manera que aprovechan todas las urgencias para crearse una aureola resolutiva de la que parece carecer por completo la democracia.

Pero también han surgido nuevos movimientos y fuerzas políticas que reaccionan ante los mismos desafíos (la falta de soberanía y la inseguridad y fragilidad del sujeto social) reclamando una mayor radicalidad democrática. Su irrupción, principalmente en el sur de Europa y en el ámbito local, ha puesto patas arriba el sistema tradicional de partidos y el juego de la alternancia en una democracia que había quedado reducida a simple práctica electoral. Han incorporados nuevas lógicas de adhesión y movilización, nuevas formas de comunicación, organización y acción, han puesto al día el concepto de representación y están impulsado maneras alternativas de contemplar lo público y lo común que no se agotan en las instituciones estatales.¹⁴

Junto a esos logros también han surgido algunos ángulos muertos. Un punto ciego es no ver que «las posibilidades de éxito de los contramovimientos emancipadores pasan por la reconstrucción de los vínculos sociales universalistas en los que tengan un peso crucial el sustento material: no ya sólo el empleo remunerado, sino también el trabajo reproductivo y de cuidados».¹⁵ Otro, no ver más allá de los límites de lo próximo o cercano. Los éxitos y propuestas más rompedoras de estas nuevas formas políticas se circunscriben al ámbito local, pero en los otros planos —el estatal, el internacional, el supranacional o el global— las respuestas brillan por su ausencia al no haber logrado siquiera formular las preguntas adecuadas. Resulta significativa la rapidez con la que se ha pasado página o se ha mirado hacia otro lado en relación con acontecimientos tan trascendentes para una izquierda transformadora como la claudicación ante la *troika* del gobierno de Syriza o la desnaturalización de los gobiernos latinoamericanos postneoliberales que no han logrado un cambio de paradigma que les permitiera revertir el extractivismo y la modernización subordinada de la región. No hay que olvidar que cuando despertemos de cualquier sueño local el dinosaurio del capitalismo globalizado y financiarizado aún seguirá ahí.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

¹⁴ Joan Subirats sintetiza magistralmente los cambios que, en el terreno político, han provocado la aparición de nuevas organizaciones con dinámicas movimentistas tras el 15M: «¿Movimientos o partidos? ¿Activistas o militancia», *Contexto y acción*, núm. 120, del 7 de junio de 2017, disponible en: <http://cxt.es/es/20170531/Politica/12960/movimientos-nuevos-partidos-cxt-activismo-joan-subirats.htm>.

¹⁵ C. Rendueles, «De la regresión global a los contramovimientos postcapitalistas», en VV AA, *El gran retroceso*, op. cit., p. 279.